



## CRONICA DE LIBROS

### Un Simposio Sobre la Novela Iberoamericana

ARTURO TORRES-RIOSECO (editor): **LA NOVELA IBEROAMERICANA**. Albuquerque (New Mexico), The University of New Mexico Press, 1952. 212 pp.

merosos trabajos parciales han señalado luego la continuidad de su preocupación.

Es un hecho reconocido hasta en los manuales esa florecencia de la novela iberoamericana que se ha ido acentuando a lo largo de la historia literaria del nuevo continente para dominar completamente el rumbo actual de sus letras.

Los trece trabajos que ahora se publican en volumen fueron presentados al Quinto Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana realizado en la Universidad de New Mexico, Albuquerque, en agosto de 1951. Este volumen constituye, en realidad, la Memoria de dicho Congreso. El tema común era: La novela iberoamericana, su pasado, presente y porvenir.

La importancia del tema, la reconocida competencia de los colaboradores y el prestigio de la Universidad que organizara las jornadas del Congreso, se veían acrecentados por la circunstancia de ser Arturo Torres-Rioseco el encargado de su coordinación y, ahora, el editor de esta Memoria. Ya algunos libros habían demostrado la versación del crítico chileno en la materia. Nu-

La única clasificación que me pareció plausible al distribuir estos ensayos a través del presente libro es la que se refiere al carácter de los estudios. Los hay de tipo general, es decir que se refieren a la novela como género y comentan su aspecto histórico, psicológico, temático, estilístico; de tipo individual, en que el autor penetra en la obra de un novelista determinado y lo define de acuerdo con sus propias categorías de valores; y de tipo nacional, en que la atención del autor se limita a la novela de un país.

De acuerdo con esta elemental clasificación integrarían el primer grupo los ensayos de Enrique Anderson Imbert (Notas sobre la novela histórica en el siglo XIX), de Alfredo A. Roggiano (El Modernismo y la novela en la América hispánica), de Ciro Alegria (Notas sobre el personaje en la novela hispanoamericana), de Fernando Alegria (Una clasificación de la novela hispanoamericana contemporánea), de José Antonio Portuondo (El rasgo predominante en la novela hispanoamericana) y de Luis Monguó (Reflexiones sobre un aspecto de la novela hispanoamericana actual). El segundo grupo —los estudios individuales— estaría representado por Revisión de Hernández-Catá por José Balseiro, Definición de "Don Segundo Sombra" por Arturo Torres-Rioseco, Tomás Carrasquilla, precursor de la novela americana moderna por Federico de Onís, Historia, Nacionalismo y Tradición en la novela de Eduardo Acevedo Díaz por Jo-



P. VARGAS

En una advertencia preliminar, el editor señala cómo ha repartido las trece colaboraciones de interés. Pero lo que puede legítimamente lamentarse es la falta de una revisión posterior (y una revisión crítica por parte del editor) que hubiera permitido ajustarlos. El ensayo de Anderson Imbert (excelente en su calidad de Notas) merece y hasta exige un tratamiento más completo. Hay en él mucho material aprovechable y es lástima que se dé, como aquí, en un desarrollo todavía informe. De la misma manera, el trabajo de Ciro Alegria sobre el personaje en la novela hispanoamericana, necesita ser expuesto con mayor amplitud y cuidado. Hay una verdad esencial en lo que afirma aunque no alcance a demostrarla con más ahínco.

II.

En una advertencia preliminar, el editor señala cómo ha repartido las trece colaboraciones de interés. Pero lo que puede legítimamente lamentarse es la falta de una revisión posterior (y una revisión crítica por parte del editor) que hubiera permitido ajustarlos. El ensayo de Anderson Imbert (excelente en su calidad de Notas) merece y hasta exige un tratamiento más completo. Hay en él mucho material aprovechable y es lástima que se dé, como aquí, en un desarrollo todavía informe. De la misma manera, el trabajo de Ciro Alegria sobre el personaje en la novela hispanoamericana, necesita ser expuesto con mayor amplitud y cuidado. Hay una verdad esencial en lo que afirma aunque no alcance a demostrarla con más ahínco.

— III —

Un enfoque crítico de los trece trabajos conduce, rápidamente, a otra clasificación. En efecto, no todos los ensayos alcanzan el mismo nivel. Los hay que son apenas un conjunto de notas, más o menos desarrolladas, sobre un tema que exigía expiación más minuciosa o coherente; los hay que apenas esbozan su tema, explorando los alrededores o abundando en lo lateral; los hay también que consiguen sintetizar en pocas páginas una prolongada investigación o un enfoque crítico de provocativo valor. La calidad de los trabajos oscila entre el ejemplar estudio de Carrasquilla por Onís (escrito con esa natural y serena síntesis que es atributo del crítico español) o las valientes afirmaciones de Ciro Alegria sobre la tipificación de los personajes en las más célebres novelas de Iberoamérica, hasta la divagatoria Revisión de Hernández-Catá (que merecía llamarse Exaltación de H. C.) o la desnortada síntesis de Roggiano sobre el Modernismo y la novela.

Ningún estudio es mediocre; hasta los malos contienen enfoques felices y observaciones cri-

Del mismo modo, ensayos que actualmente resultan insatisfactorios podrían llegar a redondearse sin esfuerzo. Por ejemplo, el de Balseiro sobre Hernández-Catá mejoraría si duda si abandonase la argumentación, trivial, a propósito del extranjerismo o americanismo de Catá y se concentrara en el análisis literario de su producción; sólo así podrá merecer el título de Revisión. Lo mismo podría decirse de un ensayo semejante, aunque de tono mucho más seguro, sobre José de Alencar. El trabajo sobre el Modernismo y la novela necesita ajustarse realmente a la novela y abandonar el examen (nada original, por otra parte) del Modernismo poético. Este terreno narrativo está casi totalmente virgen, pese a interesantes atisbos de Amado Alonso en su ensayo sobre El Modernismo en "La gloria de

"Don Ramiro" (Buenos Aires 1942).

Hay trabajos que no convienen no porque ofrezcan puntos vulnerables en su elaboración o en su desarrollo actual; su debilidad consiste fundamentalmente en el punto de vista asumido por el crítico. Tal es el caso de Torres-Rioseco sobre Don Segundo Sombra. Desechando muchas objeciones que le mereciera en un libro anterior (Novelistas contemporáneos de América, Chile, 1941, Nascimento). Rioseco intenta una defensa de las cuatridades específicamente novelescas de Don Segundo. La empresa es imposible. Con mayor sutileza, Jorge Luis Borges se ha ingeniado para elogiar a Don Segundo (y a Güiraldes) sin tener que defender lo indefendible. Ha fingido no ver que los defectos narrativos de la obra son involuntarios; con técnica, tal vez aprendida en Carlos Mastronardi ha conseguido presentar esos defectos como limitaciones buscadas por el propio autor. Al reconocerlos, les ha quitado valor y por una operación de escamoteo ha logrado contabilizarlos en el haber de la obra. La operación no deja de tener sus riesgos. El primero (y el único que ahora interesa comentar) es despejar al libro de todos los elogios que sobre él se han acumulado; todos los elogios que iban ciegamente enderezados a festejar sus (imaginarias) cualidades narrativas. El ensayo de Borges (que fué publicado en Sur) es muestra de lo que debió hacer Torres-Rioseco si quería "salvar" al libro; es muestra de lo que no supo hacer.

— IV —

Como es natural en una obra que abarca un campo tan vasto y, al mismo tiempo, tan mal explorado algunos errores se han deslizado en sus textos. Así, por ejemplo, no puede calificarse sin equívoco de novela a Historia de una pasión argentina de Mallea (como lo hace Fernando Alegria en su ensayo). Tampoco parece completa una enumeración de novelistas argentinos de la ciudad que incluya a Hugo Wast, Manuel Gálvez, Julio Fingerit, Leonidas Barletta y Max Dickmann y excluya (nada menos) al mismo Mallea, a Leopoldo Marechal, a Borges, a Roberto Arlt y hasta el uruguayo Juan Carlos Onetti, avecinado en Buenos Aires y cronista de la metrópoli en Tierra de nadie (1941). Esta copiosa omisión la comete, sin embargo, Arnold Chapman.

Otras objeciones gerivan de un diferente punto de vista. Así, por ejemplo, es curioso que Alfredo A. Roggiano no advierta la índole específicamente novelesca de Tabaré. La circunstancia de estar en verso no parece de tanta importancia si se tiene en cuenta su estructura general, su sentido, su desarrollo. También es posible discrepar (una vez más) de Fernando Alegria y ver en Horacio Quiroga algo más que un imitador de Edgar Allan Poe (por importante que haya sido para su formación la imitación del cuentista norteamericano). Una

lectura atenta de Los desterrados habría despejado, sin duda, este mal entendido. Sería posible abundar en ejemplos de este tipo. Bastan los apuntados para señalar la naturaleza compleja y polémica del tema.

— V —

He dejado deliberadamente de lado un trabajo de este volumen: el dedicado a Acevedo Díaz por José Enrique Etcheverry. Concédido como una monografía, este ensayo se limita a precisar (con ejemplar nitidez) la verdadera naturaleza de las novelas "históricas" de Acevedo Díaz. Un doble procedimiento le permite asediar el tema y llevarlo a feliz conclusión. Por un lado examina Etcheverry los juicios críticos más autorizados sobre Acevedo Díaz, (Zum Felde, Espínola, Pérez Petit); por otro busca en textos del propio novelista (declaraciones públicas y privadas) su concepto de la novela histórica. La conclusión a que su examen arriba es que en Acevedo Díaz la novela histórica se dobla de un significado nacional y tradicional. Lo histórico pierde todo rasgo arqueológico y se integra en una tradición.

El único reproche que cabría hacer a este ensayo —modelo de precisión y de técnica— es que limite tan cerradamente su objetivo. Tal como está realizado parece una primera aproximación al tema. Un segundo paso, necesariamente complementario, llevaría al crítico a situarse frente a cada novela y a estudiar minuciosamente cómo cumple Acevedo Díaz en la creación sus postulados, críticos.

En el panorama escaso (y trivial) de nuestra crítica literaria este ensayo sobre un autor tan poco estudiado merece una difusión mayor de la que le asegura este simposio.

— VI —

Un juicio de conjunto sobre el volumen que edita Torres-Rioseco no puede dejar de anotar la oportunidad de este tipo de investigaciones. La novela iberoamericana no ha sido bien estudiada; los trabajos emprendidos son parciales y llegan desde distintos ángulos; el terreno es enorme; la cantidad de obras (y su relativa calidad) espanta al más audaz. Todas estas circunstancias hacen muy necesaria la realización de estos trabajos de conjunto. Nadie puede pretender la omnisciencia en esta materia y por lo tanto lo único decente es leer y asimilar los trabajos ajenos al tiempo de tratar de comunicar los propios.

Un Congreso como el que se ha realizado en Albuquerque y esta Memoria son los mejores instrumentos para acabar con esa incomunicación, esa "sordura intercontinental" de que tanto hablaba uno de los que más la ha padecido, Luis Alberto Sánchez. El estudio de la novela de la literatura iberoamericana es obra de equipo. Debe velarse porque se realice siempre con la colaboración de todos; debe velarse porque sus resultados integren, rápidamente, el caudal común.

ERM

SEA GENIAL!  
TOME  
GENIOL